

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

8.- SED PERFECTOS: LA LLAMADA A LA SANTIDAD.

VER:

Este curso estamos viendo que ser cristiano conlleva un proceso, que comienza por ser discípulos, para ser apóstoles y teniendo como meta la santidad. Pero esto no significa que estas tres fases se den separadas unas de otras: aunque uno comienza siendo discípulo, nunca deja de serlo aunque ya haya asumido tareas de apostolado; y la llamada a la santidad está presente desde el principio del proceso, desde nuestro bautismo.

Pero para sistematizar estos retiros, vamos a seguir el orden de “discípulos – apóstoles – santos”. Y así, hemos ido viendo que, por haberse encontrado con Jesús, los primeros discípulos empiezan a vivir un proceso que les cambiará la vida para siempre. También hemos visto que millones de personas dicen que son cristianas, pero no han experimentado un verdadero contacto, encuentro con Jesús. No saben cómo vivió, ignoran su proyecto, no aprenden nada especial de Él. Desconocen por completo los Evangelios. No han sido discípulos suyos.

Reflexionando el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, vimos que uno empieza a ser cristiano a partir del encuentro con la Persona de Jesús, como el que ella tuvo, y que esta experiencia no se puede copiar de otros. Cada uno está llamado a ese encuentro personal con Jesús y a seguirle como discípulo suyo.

Como nos dice el Papa Emérito, Benedicto XVI, en *Deus caritas est* (1): “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

También vimos que un apóstol es alguien escogido por Jesús para ser enviado. Es el eslabón de una cadena. Y en el siguiente retiro contemplamos que, una vez que el Señor conquista el corazón de alguien, como en el caso de la samaritana, la existencia se transforma, y se comunica la Buena Nueva. El encuentro con Jesús nos convierte en apóstoles.

Y en el último retiro sobre ser apóstoles vimos que la tarea del apóstol está en los caminos, en la vida cotidiana, por donde nos movemos y estamos habitualmente: la calle, la tienda, la familia, el trabajo... y no sólo en el templo.

Hoy vamos a comenzar a reflexionar y orar sobre ser santos. En general “santo” es un adjetivo referido a la persona que carece de toda culpa y que está llena de bondad, o bien una persona que destaca por su ética intachable, o bien por ser un modelo moral o un guía cuyo comportamiento debe ser seguido o imitado por los fieles. De esta manera, en cierta forma se “eleva” a los santos por encima del resto de los seres humanos, que no llegamos a su altura.

Para la reflexión:

- ¿Qué es para mí un santo? ¿Cuáles son sus características? ¿Qué acciones debe llevar a cabo?
- ¿Qué santos conozco? ¿Tengo particular devoción a alguno? ¿Por qué?

JUZGAR:

En el uso común las palabras “santo” o “santidad”, se refieren al buen comportamiento en grado excelente de una persona. Sin embargo no es precisamente éste el sentido principal que tienen en la Biblia. Para la Biblia, “santo” es en primer lugar todo aquello (personas, cosas, acciones lugares, tiempos...) que está especialmente relacionado con Dios.

La “santidad” es un atributo exclusivo de Dios, que es el único Santo, en virtud de lo cual se halla infinitamente por encima de las criaturas. En la medida en que las criaturas participan de este atributo divino (lo que en cierto modo equivale a participar del mismo ser de Dios) se las llama también “santas”.

El Nuevo Testamento aplica sobre todo a Jesucristo y al Espíritu el nombre “santo” por su condición divina, y también invita a los cristianos a que imiten la santidad de Dios apartándose de todo lo imperfecto y contaminado. Así lo recoge el evangelista san Mateo:

Mt 5, 43-48:

⁴³Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. ⁴⁴Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, ⁴⁵para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. ⁴⁶Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? ⁴⁷Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? ⁴⁸Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

La llamada a la santidad, que recibimos en el momento de nuestro Bautismo, nos empuja a la vocación al amor. Y el camino del amor a cada persona, al prójimo, nos sitúa en sintonía con la santidad de Dios.

Todos hemos sido llamados a la santidad, hemos sido llamados a amar desde el amor de Dios. La vocación y experiencia de ser hijos de Dios nos conduce a la vivencia y vocación de ser hermanos de nuestro prójimo. Cada vocación cristiana muestra la singular vocación al amor.

Jesús nos invita a amar como Él, porque Él nos ha amado primero. Él ha tomado la iniciativa de amarnos, antes de que nosotros hayamos dado un solo paso de amor hacia Él. Somos conscientes de que humanamente amar al modo de Jesús es imposible. Sólo desde el trato íntimo de amistad con Cristo podremos amar como Él, y así responder a nuestra vocación a la santidad.

Jesús no quiere que el cristiano, su discípulo, se comporte como los que no lo son. Jesús pide la perfección, la santidad. Si los no cristianos saludan a quienes les saludan y aman a quienes les aman, Jesús pide a sus discípulos otra cosa. El discípulo está llamado a la perfección, porque el Padre celestial es perfecto. Ser cristiano es intentar avanzar cada día en la búsqueda de la perfección, de la santidad, porque somos imagen y semejanza de nuestro Padre del cielo, el único Santo.

La vocación del cristiano a la santidad es una vocación a lo extraordinario, a lo que es insólito, a lo que no es normal, a lo que no sale solo de modo natural, a lo que no sigue la moda común. La santidad supera las medidas del buen sentido o del cálculo juicioso. Va más allá de lo posible. No es que se abandone el campo de acción de lo común, de lo ordinario, sino que en lo cotidiano se inserta el elemento extraordinario de la santidad.

Como hemos escuchado a Jesús en el texto, los cristianos hemos de actuar contra toda lógica humana, respondiendo al mal con el bien, amando y orando incluso por los enemigos, porque Dios actúa así y nosotros debemos mostrarnos como hijos e hijas de nuestro Padre celestial.

Los cristianos no reaccionamos con bondad y con amor porque esperamos de los demás un trato similar: debemos comportarnos así, amando y perdonando, porque Dios actúa así: ama a todos, a malos y buenos, a justos e injustos, y como hijos suyos debemos comportarnos del mismo modo.

Jesús no pide algo inalcanzable. Está diciendo a sus discípulos, a nosotros, que tomemos como medida de nuestro actuar no la letra de la ley, sino el comportamiento de Dios. Un Dios que ha amado primero, que es bueno con todos, que da sin medida, que trata a todos por igual, malos y buenos. Si así se porta el Padre celestial, sus hijos debemos hacer lo mismo.

La perfección a la que alude Jesús, la santidad, consiste en imitar la forma de actuar de Dios, que es el único Santo. Por tanto, “ser perfectos”, ser santos, no significa carecer de defectos, algo que por otra parte sería imposible, sino tener las mismas actitudes que Dios, es decir, renunciar a la venganza, amar sin distinción, perdonar, buscar en primer lugar el bien del otro.

Jesús nos indica el camino de la vida cristiana presentándonos un ideal inmenso: la perfección del Padre. Depende de nosotros seguir el camino que Él nos ha señalado y que ha recorrido en primer lugar, como verdadero hombre. Aceptar su invitación a la santidad, que es también un mandamiento, significa ser pobres, bondadosos, misericordiosos, leales, limpios de corazón, portadores de paz... Es decir, ser hijos e hijas de Dios, ser santos a ser santas.

Para la reflexión:

- ¿Qué sentimientos, reacciones, pensamientos... despierta en mí este texto bíblico?
- ¿Qué dificultades encuentro para llevar a la práctica lo que Jesús nos pide?
- Medito este párrafo: La vocación del cristiano a la santidad es una vocación a lo extraordinario, a lo que es insólito, a lo que no es normal, a lo que no sale solo de modo natural, a lo que no sigue la moda común. No es que se abandone el campo de acción de lo común, de lo ordinario, sino que en lo cotidiano se inserta el elemento extraordinario de la santidad.
- Medito este párrafo: “Ser perfectos”, ser santos, no significa carecer de defectos, algo que por otra parte sería imposible, sino tener las mismas actitudes que Dios, es decir, renunciar a la venganza, amar sin distinción, perdonar, buscar en primer lugar el bien del otro.

El Concilio Vaticano II propuso una doctrina acerca de la santidad cristiana en la constitución *Lumen Gentium*, en su capítulo quinto: “La Iglesia es santa. Cristo, el Hijo de Dios, que con el Padre y el Espíritu es proclamado ‘el solo santo’, amó a la Iglesia como a su Esposa y la unió a sí mismo como su cuerpo, llenándola del don del Espíritu Santo. Por ello, todos los miembros de la Iglesia están llamados a la santidad.”

Por tanto, la obligación de tender a la santidad es común a todos los miembros de la Iglesia. Todos los fieles deben ser santos en su conducta porque deben actuar en conformidad con lo que son: miembros de la Iglesia, que es santa, unidos a Cristo por el Espíritu Santo.

La santidad consiste en la unión con Dios. De aquí que, aunque se puede hablar de cosas, tiempos, lugares... “santos”, sólo serían de verdad santos los seres humanos, que están dotados de una inteligencia y voluntad que les permite realizar su unión con Dios de forma consciente y libre.

Pero esta unión con Dios, esta santidad, no se vive de un modo intimista y abstracto: somos personas que vivimos en una realidad concreta. Por ello, la vocación del cristiano a la santidad le compromete a “ser santo” en todos los ámbitos de su vida.

La llamada a la santidad es además una invitación al heroísmo, porque no cabe la mediocridad, no cabe contentarse con cumplir sólo lo necesario o lo que está mandado. Al contrario, el cristiano que quiere ser santo se debe entregar con generosidad al proyecto de Dios, ha de vivir en todo momento y lugar su consagración y su unión a Jesucristo y a su Iglesia.

Lumen Gentium expresa en su número 41: En los diversos géneros de vida y en las diversas profesiones hay una sola santidad, cultivada por quienes están movidos por el Espíritu de Dios y, obedientes a la voz del Padre, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz para merecer ser partícipes de su gloria. Cada uno, según sus propios dones y gracias, debe avanzar por el camino de la fe viva.

En la Sagrada Escritura encontramos diferentes ejemplos de vocaciones o llamadas del Señor. Dios dirige su llamada a cada uno, y con cada uno quiere establecer una unión personal. Pero que todos los cristianos estemos llamados a la santidad no significa en absoluto que todos estemos llamados a concretar del mismo modo esa santidad. La santidad es “una” pero diferenciada según la variedad de funciones, obligaciones y estados de vida. Así, todos estamos llamados a la misma santidad pero no a alcanzarla de la misma forma: como cada persona es distinta de la otra, la concreción de la única santidad será diferente en cada persona.

Así pues, santo es aquél que, en el ámbito de sus limitaciones, características, cualidades y circunstancias personales se abre y responde a la gracia de Dios, de forma que Cristo viva en Él. Santo es aquél que comparte de forma profundamente personal la vida y el amor de Cristo, y difunde en torno a sí el calor de su amor, en las circunstancias en que se encuentra.

Pero no hay que caer en el error de considerar la santidad únicamente bajo el aspecto individualista, por muy rico y fecundo que sea. No debemos olvidar que la participación en la vida divina nos es dada por Dios no como a individuos aislados, sino como a personas que son miembros de un Pueblo, como a miembros de ese organismo sobrenatural que es la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo. Y sabemos que la diversificación de miembros, debido a las diferentes cualidades y dotes personales, es lo que contribuye al crecimiento de todo el Cuerpo.

Por tanto, todos debemos dar nuestra aportación al conjunto del Cuerpo, de la Iglesia, y contribuir a su crecimiento. La llamada a la santidad es común a todos los miembros del Cuerpo, y cada uno necesitamos de los demás para desarrollar nuestra vocación a la santidad. Toda persona que quiera responder a esa vocación debe vivir en relación con los demás miembros de la Iglesia. Y aquí encontramos la razón de la unión de los dos mandamientos del amor cristiano: en virtud del amor de Dios amamos al prójimo, y el amor al prójimo nos lleva a unirnos más íntimamente con Dios.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: La santidad consiste en la unión con Dios. Pero esta unión con Dios, esta santidad, no se vive de un modo intimista y abstracto: somos personas que vivimos en una realidad concreta. Por ello, la vocación del cristiano a la santidad le compromete a “ser santo” en todos los ámbitos de su vida. ¿Qué posibilidades y qué dificultades veo para “ser santo”?

- Medito este párrafo: Que todos los cristianos estemos llamados a la santidad no significa que todos estemos llamados a concretar del mismo modo esa santidad. La santidad es “una” pero diferenciada según la variedad de funciones, obligaciones y estados de vida. Teniendo presente mi estado de vida, ¿cómo puedo avanzar en el camino de la santidad?
- La llamada a la santidad es común a todos los miembros del Cuerpo, y cada uno necesitamos de los demás para desarrollar nuestra vocación a la santidad. ¿Cómo ayudo a los otros, y cómo me ayudan a mí, para responder a la llamada común a la santidad?

ACTUAR:

Todos estamos llamados a ser felices. La felicidad está en hacer felices a los demás. Decía San Juan Pablo II: “La vocación del cristiano es la santidad, en todo momento de la vida”.

Pudiera parecer que al hablar de santidad, de ser santos, buscamos cosas grandilocuentes, exitosas, deslumbrantes; pero a la santidad se llega principalmente en lo **sencillo**, en lo cotidiano, en la medida en que Dios marca mis pasividades o mis acciones, mis reflexiones y compromisos, mi **oración** y mi **trabajo**.

Nuestro reto es descubrir en nuestra vida la dinámica del amor de Dios y, **dar amor**, desde ahí, ser capaces de tenerle siempre presente en lo que vemos y hacemos, para ponernos en sus manos y preguntarle constantemente: “Señor, ¿qué quieres de mí?”, y **obedecer**. En lo rutinario y en lo extraordinario, en lo imprevisto y en lo planificado, en lo que parece pequeño y en lo importante. La santidad no es una cuestión puntual, es un estilo de vivir.

Como bien nos recuerda el papa Francisco, la renovación misionera de la Iglesia pasa por sentirme hijo de Dios, hija de Dios y conocer que Él tiene un plan para mí. No basta con tener nociones de lo que supone creer, ni siquiera basta con tener un primer encuentro con Jesucristo; todo pasa por nacer a una nueva vida en Él y caminar para siempre en su seguimiento. Por tanto, nunca habrá un camino de santidad sin una vivencia madura de la fe, sin **oración**, sin **trabajo** y **esfuerzo**.

Hemos de entender que la fe no es estática, sino que genera un impulso vital basado en un diálogo de pregunta-respuesta donde Dios tiene la iniciativa. El encuentro con Cristo lleva a la persona a replantearse constantemente su vida, desde los pequeños actos que realizamos a diario hasta las grandes decisiones que marcan nuestro itinerario hacia la santidad. Y cuando un creyente vive su vida como respuesta a la llamada que Dios le hace, se esfuman los complejos, se relativizan las distinciones; y las tareas específicas que cada uno desarrolla, dentro y fuera de la parroquia, se ven como parte de un todo.

La fe no nos saca del mundo, al contrario, nos compromete con él. Nuestra vida, todas nuestras acciones, deben convertirse en una ofrenda a Dios. ¿Yo por qué trabajo? ¿Por qué quiero tener una familia?... ¿Lo hago por dinero? ¿Por tradición?... La gracia recibida en el Bautismo, nos orienta hacia la santidad mediante el ofrecimiento a Dios de nosotros mismos y de todas nuestras actividades.

Ofrecer nuestra vida a Dios nos lleva a buscar la coherencia con el Evangelio, a acoger con fe la Buena Noticia y a anunciarla palabras y obras, sin vacilar en denunciar el mal. En concreto, los laicos estáis llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en la vida cotidiana, familiar y social.

Y esto nos lleva a construir Reino de Dios tratando de vencer al pecado y entregándonos para servir, en la justicia y en el amor, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más **pequeños** (cf. Mt 25, 40), **haciéndonos como niños** (cf. Lc 18, 16-17). Y esta manera de ser **me hace feliz**, porque me plenifica.

En consecuencia, la dignidad de todo cristiano, y en concreto de los laicos, se revela en plenitud cuando consideramos esa primera y fundamental vocación, que hunde sus raíces en el Bautismo: la vocación a la santidad, o sea a la perfección del amor. El Amor se convierte en el motor de nuestra existencia. Es una forma de vivir que nos saca de la indiferencia, de la pasividad, de ser unos “mandados”. Nos ayuda a distinguir lo humano de lo divino, es decir, a no poner excusas, a no quedarnos en la queja, a no echar la culpa al otro o a las estructuras.

No hay compromisos de primera o de segunda. Tampoco hay vocaciones de primera o de segunda. Como hemos visto, la santidad es una, la misma para todos, pero a la que llegamos por diferentes caminos. Vivir el Proyecto de Vida, el Plan que Dios soñó para mí me hace dichoso, me dignifica, no necesito el reconocimiento de otros, no me siento de inferior categoría. Al contrario, responder a ese Proyecto nos mueve a “plantar Iglesia” con actitud de humildad y servicio; y encima nos da felicidad. De aquí, del camino de la santidad, surge la alegría del Evangelio, la paz de Dios que cuestiona y contagia al prójimo.

Para la reflexión:

- Nuestro reto es descubrir en nuestra vida la dinámica del amor de Dios y, desde ahí, ponernos en sus manos y preguntarle constantemente: “Señor, ¿qué quieres de mí?”. En lo rutinario y en lo extraordinario, en lo imprevisto y en lo planificado, en lo que parece pequeño y en lo importante. ¿Qué creo que quiere Dios de mí en esta etapa de mi vida?
- La fe no nos saca del mundo, al contrario, nos compromete con él. Nuestra vida, todas nuestras acciones, deben convertirse en una ofrenda a Dios. La gracia recibida en el Bautismo, nos orienta hacia la santidad mediante el ofrecimiento a Dios de nosotros mismos y de todas nuestras actividades. ¿Practico el ofrecimiento de obras? ¿Y el ofrecimiento de mí mismo?
- Concreto un compromiso para dar un impulso a mi camino personal de santidad.

Para ser santo (Jésed)

Para ser santo hay que **ser feliz**.

No hay santidad sin felicidad.

Para ser santo hay que ser feliz primero.

Para ser santo hay que **ser sencillo**.

no hay santidad sin sencillez.

Para ser santo hay que ser sencillo primero.

Para ser santo hay que estar un poco loco, un poco loco.

Un poco loco para ser feliz.

Un poco loco para ser sencillo.

Un poco loco para estar enamorado y loco por Dios.

Para ser santo hay que **dar amor**.

No hay santidad si no hay amor.

Para ser santo hay que dar mucho amor primero.

Para ser santo hay que **obedecer**.

No hay santidad sin obediencia.

Para ser santo hay que obedecer primero.

Para ser santo hay que **hacerse como un niño**, para ser santo.

Un poco loco para dar amor.

un poco loco para obedecer.

Un poco loco para estar enamorado y loco por Dios.

Para ser santo hay que **orar y cantar**.

No hay santidad sin oración.

Para ser santo hay que orar y cantar primero.

Para ser santo hay que **trabajar**,

no hay santidad si no hay esfuerzo.

Para ser santo hay que trabajar primero.

Para ser santo hay que trabajar y jugar todo a su tiempo.

Y darse tiempo para orar y cantar.

Y darse tiempo para amar.

Y darse tiempo para estar enamorado y loco por Dios.

Un poco loco para dar amor.

Un poco loco para ser feliz.

¡Un poco loco para estar enamorado y loco por Dios!

<https://www.youtube.com/watch?v=CzpiDrcxFmw>

RETIRO “DISCÍPULOS, APÓSTOLES, SANTOS”

8.- SED PERFECTOS: LA LLAMADA A LA SANTIDAD.

VER:

- ¿Qué es para mí un santo? ¿Cuáles son sus características? ¿Qué acciones debe llevar a cabo?
- ¿Qué santos conozco? ¿Tengo particular devoción a alguno? ¿Por qué?

JUZGAR: Mt 5, 43-48:

⁴³Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y aborrecerás a tu enemigo. ⁴⁴Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, ⁴⁵para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. ⁴⁶Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? ⁴⁷Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? ⁴⁸Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

- ¿Qué sentimientos, reacciones, pensamientos... despierta en mí este texto bíblico?
- ¿Qué dificultades encuentro para llevar a la práctica lo que Jesús nos pide?
- Medito este párrafo: La vocación del cristiano a la santidad es una vocación a lo extraordinario, a lo que es insólito, a lo que no es normal, a lo que no sale solo de modo natural, a lo que no sigue la moda común. No es que se abandone el campo de acción de lo común, de lo ordinario, sino que en lo cotidiano se inserta el elemento extraordinario de la santidad.
- Medito este párrafo: “Ser perfectos”, ser santos, no significa carecer de defectos, algo que por otra parte sería imposible, sino tener las mismas actitudes que Dios, es decir, renunciar a la venganza, amar sin distinción, perdonar, buscar en primer lugar el bien del otro.

-
- Medito este párrafo: La santidad consiste en la unión con Dios. Pero esta unión con Dios, esta santidad, no se vive de un modo intimista y abstracto: somos personas que vivimos en una realidad concreta. Por ello, la vocación del cristiano a la santidad le compromete a “ser santo” en todos los ámbitos de su vida. ¿Qué posibilidades y qué dificultades veo para “ser santo”?
 - Medito este párrafo: Que todos los cristianos estemos llamados a la santidad no significa que todos estemos llamados a concretar del mismo modo esa santidad. La santidad es “una” pero diferenciada según la variedad de funciones, obligaciones y estados de vida. Teniendo presente mi estado de vida, ¿cómo puedo avanzar en el camino de la santidad?
 - La llamada a la santidad es común a todos los miembros del Cuerpo, y cada uno necesitamos de los demás para desarrollar nuestra vocación a la santidad. ¿Cómo ayudo a los otros, y cómo me ayudan a mí, para responder a la llamada común a la santidad?

ACTUAR:

- Nuestro reto es descubrir en nuestra vida la dinámica del amor de Dios y, desde ahí, ponernos en sus manos y preguntarle constantemente: “Señor, ¿qué quieres de mí?”. En lo rutinario y en lo extraordinario, en lo imprevisto y en lo planificado, en lo que parece pequeño y en lo importante. ¿Qué creo que quiere Dios de mí en esta etapa de mi vida?
- La fe no nos saca del mundo, al contrario, nos compromete con él. Nuestra vida, todas nuestras acciones, deben convertirse en una ofrenda a Dios. La gracia recibida en el Bautismo, nos orienta hacia la santidad mediante el ofrecimiento a Dios de nosotros mismos y de todas nuestras actividades. ¿Practico el ofrecimiento de obras? ¿Y el ofrecimiento de mí mismo?
- Concreto un compromiso para dar un impulso a mi camino personal de santidad.

Para ser santo (Jésed)

Para ser santo hay que **ser feliz**.

No hay santidad sin felicidad.

Para ser santo hay que ser feliz primero.

Para ser santo hay que **ser sencillo**.

no hay santidad sin sencillez.

Para ser santo hay que ser sencillo primero.

Para ser santo hay que estar un poco loco, un poco loco.

Un poco loco para ser feliz.

Un poco loco para ser sencillo.

Un poco loco para estar enamorado y loco por Dios.

Para ser santo hay que **dar amor**.

No hay santidad si no hay amor.

Para ser santo hay que dar mucho amor primero.

Para ser santo hay que **obedecer**.

No hay santidad sin obediencia.

Para ser santo hay que obedecer primero.

Para ser santo hay que **hacerse como un niño**, para ser santo.

Un poco loco para dar amor.

un poco loco para obedecer.

Un poco loco para estar enamorado y loco por Dios.

Para ser santo hay que **orar y cantar**.

No hay santidad sin oración.

Para ser santo hay que orar y cantar primero.

Para ser santo hay que **trabajar**,

no hay santidad si no hay esfuerzo.

Para ser santo hay que trabajar primero.

Para ser santo hay que trabajar y jugar todo a su tiempo.

Y darse tiempo para orar y cantar.

Y darse tiempo para amar.

Y darse tiempo para estar enamorado y loco por Dios.

Un poco loco para dar amor.

Un poco loco para ser feliz.

¡Un poco loco para estar enamorado y loco por Dios!

<https://www.youtube.com/watch?v=CzpiDrcxFmw>